

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE ASPECTOS DE LA TRADUCCION LITERARIA

Alastair Beattie

En el mundo de la traducción literaria es un axioma que la poesía no es traducible; sí, se hace, pero no se hace bien en el sentido literario. ¿Y por qué? La razón más inmediata es la dificultad de rimar una palabra de un idioma a otro. Puede acercarse a la rima con un sinónimo, como por ejemplo, fuego en castellano y *fire* en inglés, aunque ésta pequeña diferencia en la rima entre los idiomas es una indicación de las diferencias en el uso asociativo de las palabras en sí, es decir que una palabra dada en cualquier idioma implica un tren largo de significaciones variables a pesar de la intención precisa. En inglés *fire* compone la rima con *ire*, que significa furia, la ira. La palabra fuego en el mismo contexto hace una rima con ego, el ser individual. Mientras más avanzamos con las profundidades del concepto del uso de la rima, más nos alejamos de la fidelidad en la traducción. Es interesante que la raíz de la palabra traducir es la misma que la de traicionar en que incorpora la idea de cambiar de un lado a otro.

En inglés la palabra *fire* contiene muchas resonancias y reflejos que son distintas del castellano. Por ejemplo, el verbo disparar es *to fire*. También cuando despedimos un empleado ineficaz el verbo es *fire* otra vez. Las emociones despertadas son expresadas como *fired up*, y también tenemos un *firing order* que significa el orden de encender en los cilindros del carro. El carro de bomberos es *fire engine* y los bomberos no son bomberos de agua sino *firemen*, una palabra que no trata del agua sino el fuego, que es otro elemento distinto.

Foxfire, que literalmente traduce fuego del zorro, significa el brillo fantástico de una materia podrida observada durante la noche en los pantanos. Como miles de otras palabras, *foxfire*, que combina el concepto del fenómeno de la luz visto en los ojos de un animal silvestre y elusivo con la idea de una energía interna misteriosa, no tiene sinónimo en español. Una palabra como fuego, en común con muchos sustantivos, en el contexto poético raras veces significa una cosa, sino lleva una miríada de resonancias y reflejos en la imaginación. Por esta razón, podemos decir que *fire* y fuego no significan la misma cosa en la literatura en que las asociaciones sutiles son muy importantes.

El elemento de asociación, que planteó muy bien el inglés David Hartley en el siglo XVIII, es en el que una cosa o un fenómeno representado por una palabra evoca una respuesta emocional o del intelecto en los procesos de la memoria, y es por eso que cada palabra está conectada o asociada con los sentimientos y las imágenes particulares. Una palabra cuando trata una emoción o una idea no funciona por sí misma, sino es parte de una serie como un átomo en la molécula o una imagen en el *collage*, en la misma manera en que una célula del cuerpo reacciona con las células vecinas, como el tuétano al hueso y el hueso a la sangre. También una célula en el desarrollo de la

blástula llega a ser lo que debe ser a consecuencia de su posición con respecto a las otras. Entonces la sintaxis, que es la posición relativa de una palabra, es constitutiva en la naturaleza del lenguaje recibido de la misma manera como las células actúan en el cuerpo humano. La literatura que está designada a ser leída en voz baja, como por ejemplo la filosofía escrita en latín en el siglo XVIII y antes, permite más versatilidad en la sintaxis y una gran variación de significaciones que no disminuye la calidad de la obra.

Otra dificultad en la fluidez natural de la poesía cuando se traduce al inglés es la ausencia casi total del género en la mentalidad verbal inglesa. El género había desaparecido antes de la llegada de los normandos en el año 1066. El fuego ya no era masculino como era en alemán. Ambos han llegado a ser neutro. La palabra *fox* designaba todos los zorros, y cuando era una cuestión de las zorras empleaban una palabra diferente. Era igual con los perros, la hembra la llamaban con palabra especial. La misma diferenciación existe en español, no nos referimos a los toros como vacos, o la mujer de un matrimonio como marida.

El inglés, excepto en los casos en que el sexo femenino es mencionado para enfatizar su igualdad, *his or her*, ha terminado con la bifurcación interminable del género. En español el género, reflejado en el artículo referente se emplea casi siempre para distinguir los elementos de cualquier presentación dialéctica. Por ejemplo, si queremos hacer una distinción entre las variedades de la luz visible en los ojos de los zorros, usamos el artículo femenino para designar la luz y el masculino para el animal. Es *la* luz y *el* animal, y si queremos hablar sobre la luz sin repetir el sustantivo en español (en que la repetición se considera una redundancia) tenemos que emplear el artículo de referencia. Así, en efecto el artículo referente femenino (*la*)

entra en el ojo (masculino) del zorro, y es reflejada por el ojo sin cambio como lo mismo (el mismo artículo femenino) que entró, a pesar del hecho de que ahora la luz reflejada lleva otro elemento completamente distinto, lo cual es la luminiscencia que pertenece a la retina del animal. Si consideramos la luz como neutro, la división dialéctica fracasa, y como consecuencia somos más libres a considerar la calidad de la luz como entidad libre de esa bifurcación falsa.

Es fácil de entender cómo los anglos, mientras afilaban su idioma en compañía con los célticos romanizados, abandonaban con alacridad la inflexión y el género indicativo. La luz para ellos no era femenina, ni el fuego masculino. El género llegó a ser una diferenciación innecesaria y confusa. En el remolino del intercambio dialéctico (en ambos sentidos de la palabra) el género y la inflexión se fueron a la misma ruta como el mamut.

Hoy en día, en las traducciones al español exigen que el inglés regrese de emplear la forma del género, y como cualquier idioma, podemos decir que posee su propia inteligencia, porque es más viejo, y de menudo más sabio que los individuos que lo emplean. Parece que el inglés resiste este paso atrás hacia una condición que había abandonado concientemente como parte de un proceso evolucionario lingüístico desde más de un milenio. En la traducción explícita y precisa tal resistencia contraevolucionaria inherente es un bloqueo constante. En parte es por esa razón que las ciencias han abandonado los idiomas de largas y venerables tradiciones no solamente para aprovechar el idioma universal sino porque es simplemente más fácil de manejar.

Al contrario de un comando de la computación que induce una respuesta específica e inalterable, en la cibernética de la

mente las palabras empiezan a cambiar sus valores. El zorro que espantó el niño no espanta el hombre. La palabra amor repetida como concepto en las calcomanías por las cuales ciertas personas informan el mundo que *aman a N.Y.* o *aman el golf*, no es la misma en que refiere a Walt Whitman cuando elabora sobre el amor que tienen las mujeres para la figura varonil. Cuando las palabras son repetidas o explotadas, como cualquier sensación neural desde las cosquillas hacia una honda cerebral se pierdan sus impulsos iniciales en la misma manera en que los conceptos de las ideas empiezan a oscurecer en el tiempo. Así el shaman no pronuncia su nombre espiritual, porque no quiere que éste llegue a ser algo que es accesible a las debilidades de todo el mundo. Para él su nombre tiene que conservar el valor inversionado, porque es la base de la imagen que tiene de él mismo, la que necesita proteger fuera de la contaminación popular si quiere mantener su poder. Entonces, lo que asociamos con una palabra dada en un contexto preciso, en un poema o novela cuidadosamente escrita es lo que presta el poder a la obra. Es esta fuerza que es prestada por la asociación entregada a las palabras, sea por lo bien o lo mal, que forma parte del esbozo complicado que es la presentación del poeta o autor por la cual él invoca las resonancias y reflejos que existen en potencia dentro de la cultura que sus lectores comparten. El autor juega con esas resonancias y sus reflejos, las invocan por medio de la rima, el sintaxis y la aliteración. Una traducción, especialmente una desde el inglés depende de la aliteración para su ritmo en vez de la inflexión y el género casi no puede transmitir las asociaciones complicadas inherentes a la cultura. Como el fariseo proverbial la traducción tiende a llevar la letra en vez del espíritu de la palabra.

Esto no significa que el fariseo no tiene oficio, ni para declarar que no hay traducciones hermosas, ni para plantear

que una traducción no puede salir con más virtud que el original. Como niños leemos los novelistas rusos brillantes tales como Tolstoi y Dostoievski en traducción. El espíritu del gran establecimiento militar de Rusia confrontando a Napoleón con el General Zhukov el adamantino fatalista dirigiendo todo con su toque suave, se evidencia en las ediciones en inglés de *Guerra y paz*, y crea una impresión permanente en la memoria. El retrato de Raskolnikov que muestra su idealismo pervertido en *Crimen y castigo* está pintado claramente por Dostoievski. ¿Pero podemos ver y sentir realmente la presencia de la gran Madre Rusia de acuerdo con la intención del autor? ¿Es la violencia de Raskolnikov, tan profética y terrible, congruente con alguna construcción occidental? En el cuadro de la novela, sí es pintada, y percibimos la sombra profunda de una arquitectura extraña y exótica, ¿pero se nos presenta realmente una vista interior de la naturaleza del ambiente espiritual tal como existe debajo de aquellos domos bizantinos?

Cuando una palabra sale del texto y salta como fuego volátil de la lengua, entonces llega a ser otro elemento dentro de otro ambiente, y este salto nos presenta otra dificultad en la traducción. Un vaquero de Texas, un australiano y un profesor de Cambridge no pronuncian la palabra *fire* de la misma manera, aunque sea una palabra inglesa escrita en una forma idéntica para todos. En Texas la palabra *fire* forma una rima entera con *far* (lejos), en Australia *fire* forma una rima con *foyer* (salón de entrada). La dimensión del sonido, su propiedad de música, o como mandato, expresión del deseo, del dolor, su poder seductivo o evocativo, es una función que debe estar latente en una obra escrita. Sin embargo, el fin de la poesía es el de recitarse en voz alta, no en el silencio de la letra escrita, así como en la canción es el de cantar y la fábula o el chiste de narrar. Por esta razón una novela buena debe ser leída en voz alta antes de que llegue a la versión final. Rudyard Kipling

había leído todas sus obras en voz alta antes de que las sometiera a la editorial, y muchos novelistas que están altamente involucrados con sus obras hacen lo mismo.

La manera de hablar es más que una expresión del regionalismo o conformidad con la convención de cualquier dialecto, es también un índice de los sentimientos, una indicación de la aprensión cultural, de la experiencia, del estado de ánimo e incluso la posición política. Este es el caso de cualquier idioma, pero especialmente pertenece al inglés y el español que son multinacionales y cubre territorios vastos. Una alemana quien empezó a aprender el inglés de su esposo escocés a la edad de 24 años refleja la manera de hablar de su instructor de la misma manera en que un niño burgués aprende su manera de hablar de su familia y compañeros de clase. Los hombres quienes han compartido las catástrofes y el compañerismo de la guerra con sus amigos en el campo de batalla aprenden modos de hablar, y a veces en ciertas condiciones ellos vuelven a utilizarlos. La experiencia militar vuelve un hombre profano, el teatro hace que sus aficionados sean histriónicos, y las largas horas bajo la lámpara con las obras clásicas desarrolla en el traductor el estilo literario.

Hay una tradición esotérica que afirma que la sabiduría verdadera, es decir la información valiosa y durable que es versátil y útil, no es comunicada por la lectura, sino que las viejas claves y los secretos de la cultura que son transmitidos de una generación a otra son revelados únicamente por transmisión oral desde un sabio a su estudiante escogido, o por falta de contacto personal desde un medium hacia una inteligencia preparada. Homero, Sócrates, Chuang Tsu, Buddha, Jesús no escribían. Jesús dictó y habló en arameo, que era una clase de dialecto como el *patois* de Nueva Orleans o el *pidgeon* de Oceanía. Era una jerga de los comerciantes rechazada por

las personas de buenos modales como el *Black jive* y a veces la jerga *cockney*. Los evangelios que tratan sobre la biografía de Jesús se escribieron en griego. Así, para el inglés que hace de la Biblia su libro sagrado, hay una serie de saltos desde esta jerga comercial levantina hacia el lenguaje clásico con todos sus inflexiones y resonancias cultivadas por la pluma; y después la regresión al idioma vulgar de los Anglos surgido del celta, del latín y de los dialectos alemanes. Inglés: la lengua transmutada por el francés de los normandos nórdicos (su idioma adoptado por moda) y después de 300 años vulgarizado una vez más por el hombre común. En la democracia infantil del renacimiento y los primeros días del imperio era importante que el capitán y el marinero de un *man o' war* (crucero de combate) hablaran el mismo idioma. De la misma manera en que uno puede meditar, después de ver la película *Iván el terrible* de Eisenstein, sobre todas las distorsiones posibles que podrían sufrir las obras de su paisano Dostoievski, con solamente un sentido vago de la existencia de una dimensión no aprendida; así en la ausencia de cualquier texto original en arameo, uno medita sobre lo que dijo Jesús en realidad.

Sabemos que en muchos aspectos Jesús proponía el amor. No sabemos con seguridad la palabra precisa que utilizó para discutir el concepto en aramaeo cuando andaba por los pueblos de Judea, ni tampoco en el templo de la capital donde por supuesto habló hebreo. Sin embargo, sabemos que hay un juego con la palabra griega en el evangelio de San Juan cuando Jesús pregunta a San Pedro que si él lo amaba. Tres veces pregunta Jesús, dos veces utiliza la palabra *agape*, y la tercera vez utiliza la palabra *filos*. *Agape* en griego lleva el sentido de amor en lo cual amamos nuestro país, o amamos Nueva York; es el amor del cuerpo cívico o la ética colectiva, es amor *in ecclesia*, mientras *filos* es individual, es el amor que sentimos por las personas que nos gustan, quienes son agradables y

armoniosas en nuestras vidas. *Filos* es también camaradería, el amor que sentimos por los compañeros de batalla o por ellos con quienes hacemos tareas arduas y difíciles. Pero no es ésta clase de amor, no es *filos*, y no es *eros*, es *agape* que Jesús plantea como la piedra angular en todos los evangelios. En nuestros momentos de entusiasmo cristiano podemos pensar del amor como la fraternidad, oímos «hermano» de muchas bocas, pero no es el amor familiar, no es la bondad de la comida y el techo, es *agape* el amor por la excelencia de la ética. Lo que yo comparto *in ecclesia* con mi reina o con el presidente encargado de mantener los principios sagrados de la república, no es fraternidad, a pesar de los idealismos de la Revolución Francesa y la llamada a una *liberté, égalité, fraternité* no es el concepto del amor para la ética, es el amor con todo el corazón, toda la mente, y el alma, no es el placer de la amistad, ni el compartimiento de la riqueza. Al contrario, podemos decir que el amor es cualquier emoción que arranca cualquier acción que alivia el orgullo falso de *Homo sapiens*. En tal caso la palabra amor como aparece en la Biblia es la traducción más amplia del concepto. Hay cupo para tanta generalización, en el sentido de que toda vulgarización sea útil si contribuye al mejoramiento de la condición del hombre a cualquier nivel. Sin embargo, en la literatura consciente que busca respaldo en los niveles de allende de la diversión o del comentario sobre los modales, tal ofuscación no sirve. Tampoco tiene valor esta falta de distinción fina en la literatura científica, en las descripciones de patología médica o en las causas de corrupción en la sociología. *Agape* cuando es confundido con *philos* en los niveles de lo estético o lo ético es la causa de una cadena de malentendimientos que tienen la capacidad de limitar gravemente el pensamiento filosófico y político de nuestras culturas hoy en día controladas en muchos aspectos por los medios electrónicos de comunicación.

Las enseñanzas de Jesús cuando aparecen en el griego, no indican que debemos amar al vecino como amamos a un amigo. Lo que enseña en la parábola del buen samaritano es que debemos amar lo divino en cualquier hombre, sus potenciales para contribuir *in ecclesia* al buen estado de todos. Pathos, que es la comprensión de la condición caída, la compasión y amistad que sentimos por el héroe trágico (y al otro extremo por el enfermo) son diferentes aspectos del amor, pero la confusión de los dos es la corrupción, la clase de abominación que contribuye a la caída de los sistemas enteros de ética. Tales sistemas, como la cristiandad del Imperio Británico bajo Gladstone en el siglo XIX, o el zionismo de la primera parte del siglo XX, eran, a pesar de sus debilidades y sus tendencias de blanquear los sepulcros, sistemas que hicieron mucho para mejorar las condiciones deplorables. Los sistemas que nosotros desarrollamos para gobernar no son mejorados por la incapacidad de hacer distinciones en los principios básicos de sus filosofías respectivas.

David Hartley, en la tradición de Platón, incluyó como axioma a su concepto de «La ley de asociación», que las ideas pudieran ser manchadas por el miedo, la ira o el error, sin embargo, era la tendencia de toda asociación la de restaurar al hombre a su estado paradisiaco. Así, en el concepto platónico lo malo no sobrevive en el reino de las ideas, sino que tiene tendencia a desaparecer. Todas las ideas platónicas, por definición, deben ser tangenciales a lo bueno, o deben por una calificación de su existencia, contener el núcleo de lo bueno como elemento básico de su función. Los elementos nucleónicos expresados por la palabra, (o dentro del sonido de una frase cuando está enunciado dentro de la burla y equivocación en la conversación natural) no constituyen las ideas en sí mismas, sino que son reflexiones e intimaciones de la idea. Una idea en el sentido de Platón, y también de Hartley, es por necesidad

renacida de la matriz noumenal y encuentra su sitio en el mundo fenomenológico como resultado de su capacidad de armonizar o mantener una condición estática dentro de su ambiente actual.

Es la apreciación y luego la expresión de estos nuevos ambientes fenomenológicos que son parte de la historia de la palabra dentro de su estructura cultural, lo cual entrega a la traducción su valor. Es otra manera de identificar el fenómeno en su ciclo de apariencia y desapariciencia cíclica dentro de la esfera de lo noumenal. Podemos considerarlo como el ciclo evolucionario con los mejoramientos y las refinaciones de los procesos de maduración. Hoy en día no estamos limitados al concepto de amor como Wycliffe cuando tradujo la Biblia al final del medioevo. Hoy en día respetamos nuestros vecinos, no los amamos. Estimamos al cuerpo cívico, no lo amamos. Tenemos un cierto orgullo por nuestro país, que no es amor. Nos agrada nuestros amigos y amigas. Abrigamos nuestras esposas. Adoramos a Afrodita. Saboreamos la comida. Hacemos el amor, pero no amamos al amor. Por eso debemos cuidarnos de no caer en la redundancia y la decadencia verbal.

América tanto del Sur como del Norte es políglota. Los idiomas de Europa se entremezclan con los de Africa, de Asia y con los de los indígenas. En la calle, por teléfono, dirigiendo negocios, vendiendo, comprando, viajando, hacemos todo lo mejor para agradecer, insultar, desilusionar, o decir la verdad.

Usamos los clisés cuando necesitamos hacerlo y abandonarlos para las expresiones de moda o de la región. Para mucho tiempo ya en las Américas la gran mayoría de la gente había tratado de comportarse en una manera decente y humana el uno con el otro, aún si es solamente para intereses comerciales, o informar al público en una entrevista televisada, o ayudar

a un turista europeo o asiático a encontrar posada. Cuando hablamos en estas ocasiones, no insistimos en una gramática y pronunciación puntillosa. Nosotros de las Américas miramos hacia arriba, no hacia abajo, hacia adelante no atrás, y tratamos de prestar una mano cuando podemos. Esta clase de comportamiento, con el modo lingüístico que lo acompaña, no existe en todas partes del mundo.

En oposición a este estilo democrático y popular queda una tremenda estructura umbría que tiembla en una oscuridad arquetípica como La Torre de Babel en la noche de su derrumbe. En los países que hablan español se llama la Academia Real. En Inglaterra no existe tal edificio concreto sino una institución que presta su nombre al concepto del lenguaje uniforme. Se llama Oxford English o Standard Received English (el inglés standard recibido). La función de ambas instituciones es la de mantener el lenguaje en forma pura de tal manera que las numerosas razas alrededor del globo puedan aprender y utilizar las mismas formas y que no las vayan a abandonar en favor de los dialectos regionales y, que hablan en una forma la cual es entendida fácilmente en todas partes. Tales establecimientos de control también actúan para frenar la evolución, de tal manera que el idioma no cambia tan rápidamente que los lectores de este siglo todavía pueden entender los susurros del siglo pasado y, que nuestros esfuerzos no serán perdidos en las generaciones del porvenir. Como las constituciones de nuestras repúblicas, las normas de las academias son cambiadas con dificultad, y los individuos que las ignoran no son bien recibidos, no son publicados, no son considerados en serio, no se les permite la mano de la princesa.

Los europeos aceptan toda clase de regimentación con cierta seriedad y, siguiendo el proverbio, en Roma tenemos que hacer lo que hacen los romanos. Esta conformidad en los

idiomas modernos es algo relativamente nuevo en el gran panorama de la historia. Las primeras gramáticas de los idiomas en Europa llegaban a ser de moda y después mandatarias en el siglo XVII. En Bretaña hoy en día la actitud es más permisiva que en la época augustina porque la comunidad de naciones que hablan inglés ha llegado a ser políglota por el Imperio y el movimiento de las varias razas dentro de su jurisdicción después de la liberación de las colonias. También existe una cierta tolerancia romántica por el idioma americano y otros dialectos desviantes. Los americanos tienen sospecha del inglés perfecto y no insisten en lo correcto en lo escrito ni en lo hablado. Se puede verificar esta observación con sólo un vistazo a una revista americana de noticias internacionales. Sin embargo, dentro de la comunidad hispánica aunque existe una alta tolerancia para los errores de los gringos que tratan de utilizar el español, y por toda clase de jerga y burla oral que es recibido con mucha alegría, el castellano como se enseña en las escuelas, la palabra escrita, tiene que conformarse precisamente a los mandatos de la academia real. Como resultado, lo que está escrito parece cada vez menos a lo que es hablado, y los niños no aceptan escribir con seriedad. Muy pocos también, son los niños que leen con seriedad y el mundo literario llega a ser una sombra blanqueada de la tremenda estructura oscura que todas las academias aceptan como sagrado.

Sin embargo, no hay mal que no trae lo bueno, porque con esta insistencia académica en la conformidad a un modelo que ya no tiene vigencia, la cultura indígena analfabeta es salvada de la extinción. Sigue viviendo en los patrones de la lengua oral, y en la música con sus múltiples estilos de canciones mas no en la literatura. El español escrito ha llegado a ser una vaca sagrada y para la mayoría de la gente que lo aprende en las escuelas básicas es como una lengua muerta igual a su antecesor el latín. El idioma escrito había perdido contacto con los

ritmos básicos de la imaginación verbal de la gente común, y sus sofisterías son tolerados con dificultad aún por escritores profesionales. Cuando un ciudadano quiere información en los planos de la realidad, él prende el televisor o la radio. Los periódicos han llegado a ser meramente chicle para los ojos, una forma de escape o entretenimiento para llenar el tiempo muerto.

La traducción del inglés, especialmente el inglés americano con su riqueza de juego lingüístico brotado de la usanza espontánea y no académica de millones de inmigrantes de todas partes del mundo, hacia un español que por convención debe conformarse rígidamente a las normas preelectrónicas europeas, es más una tarea de un historiador o un clasicista que la de un escritor. Las traducciones vienen como hallacas enlatadas. Uno solamente tiene que ver una película y leer los subtítulos para comprender *the state of the art de la traducción*. El español, a pesar de todos los esfuerzos, de la competencia y fidelidad de la parte de los traductores no puede mantener la velocidad de la información que recibe en inglés. Las dificultades al revés, desde el español, al inglés no son tan agudas por la razón sencilla de que el inglés permite los cambios de estructura que acomodan los modismos y los dialectos regionales.

Por otra parte, las obras clásicas en latín del medioevo y del renacimiento, traducidas al castellano son más ricas y vibrantes, y tienen una resonancia más profunda que sus traducciones al inglés. Es obvio que el español es todavía una lengua clásica, y más que obvio para los que necesitan hacer traducciones en español desde un idioma tal como el inglés que está capacitado de reflejar la tecnología y el ritmo de la vida de la gente de hoy en día, en vez del idioma de sus antepasados. Es precisamente este elemento de la época augustiana que per-

siste hoy en día en español lo cual los románticos ingleses rechazaban al final del siglo XVIII. Esto se debió precisamente a esta rigidez del lenguaje escrito que ignoraba el ritmo, la sintaxis y los acentos de una persona común. (Ver *Prefacio de Lyrical Ballads* por William Wordsworth, Instituto de Investigaciones Literarias, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela).

Uno de los atributos más importantes de la traducción en cualquier lenguaje, y especialmente el español que ha llegado a ser el lenguaje común de la gente de las Américas desde Tierra del Fuego hasta Valdez, Alaska, es que refleja los sentimientos del pueblo. Por esta razón el español en forma escrita debe contener algo del pensamiento profundo de la cultura que es inherente al alma del Nuevo Mundo. Si nosotros aceptamos los principios de una evolución natural del lenguaje, mientras accedemos a rendir el homenaje exigido por la academia, el idioma español puede servir como filtro a las emociones e ideas que ya no son vigentes a la conciencia de todos los que viven en estas tierras, no solamente la gente indígena o mestiza sino los europeos y los asiáticos también. América del Norte con el incremento de población del tercer mundo, está cambiando ideológicamente y éticamente. La vieja ética del puritano y el concepto de *Manifest Destiny* (el derecho del protestante a controlar que es elitesca y racista en origen, es todavía muy fuerte, pero poco a poco crece un porcentaje de la población que no comparte estas ideas.

Otra ventaja de la traducción en general, es que lleva la tendencia de purgar la literatura de cualquier índole que haya perdido los estribos. El latín vestigial retenido en las estructuras del español sirve como freno o como balanza en que el contenido puede ser medido. La traducción es entrenamiento y acondicionamiento excelente para cualquier autor, aunque es

bien conocido que los poetas no son formados por la educación, sino nacidos con sus dones, como los músicos. Los poetas son diferentes con respecto a los músicos porque en vez de puro sonido oyen las voces de las musas y de los seres arquetípicos, entonces les gustan aún menos las disciplinas de los académicos. Quizás lo mejor que podemos decir sobre la traducción de la poesía o de la literatura fina es que mejora la poesía mala y la prosa también. La prosa mala, especialmente la de la literatura técnica mal escrita tiene la posibilidad de redención, pero la poesía mala no tiene esa suerte, está perdida desde su inepción como las almas de los calvinistas mal creados.

La traducción es considerada dialécticamente bajo dos cabezas. La primera es la fidelidad absoluta al texto original, y es aquella más apta para las exigencias de los científicos, los abogados y los comerciantes. La segunda es por la cual el traductor trata de llevar las variaciones sutiles de las significaciones de una manera armoniosa y natural tal como el texto fluye suavemente hacia el nuevo lenguaje. Esto es obviamente la clase de traducción necesaria para la literatura y para los medios electrónicos de comunicación. Hay obras de teoría científica o metafísica que deben ser traducidas con una precisión aguda, y al mismo tiempo la calidad estética debe ser mantenida en un nivel que merece la dignidad de la obra. Uno puede pasar muchas horas felices en la contemplación de tales obras, cuyos niveles de entendimiento son variables y el juego contrapuntal entre ellos. Los grandes poetas y filósofos tienen esta calidad sinfónica.

En la reverencia por las artes finas, no debemos olvidar toda la literatura producida con fines científicos que los profesionales en todas las disciplinas tienen que leer para mantenerse bien informados y competentes. Gran parte de esa literatura es muy fastidiosa y mal compuesta por individuos que

son a menudo muy eficaces en los aspectos prácticos de sus propias especialidades, pero su problema radica únicamente en que no saben escribir, una habilidad que no viene fácilmente a todos. Si hay una comprensión total de la materia, esa clase de literatura científica mal escrita puede ser traducida de tal manera que contenga toda la información requerida, pero colocada en un estilo que sea más agradable estéticamente que la original, y que sea más fácil de leer. Las obras de historia y psicología pueden ser consideradas bajo este encabezamiento, y el destino de tales obras muchas veces depende de la calidad de la presentación tanto como la perspicacia del genio del autor. Freud no recibió el Premio Nobel para la excelencia en las ciencias sino el Premio Goethe para la excelencia en la literatura. Einstein, quien fue matemático destacado, también tenía la capacidad de presentar sus ideas en un estilo agradable, no solamente para sus colegas en la disciplina de la física sino también para el público interesado, y siempre dentro de los parámetros del entendimiento en el nivel multilingüe. Borges dijo que escribía pensando en la traducción futura de sus obras. Son estos ideales, los de elucidar, edificar y purificar sin bajar a la vulgarización, los que convienen a los más altos intereses de la traducción.

Finis